



FERNANDO PIÑON VARELA (Foto: José Latova)

## FERNANDO PIÑÓN VARELA

Rechazada, siempre intempestiva, nunca la muerte resulta peor aceptada que cuando dirige sus arteros usos hacia personas que posan ante nuestros ojos en el disfrute pleno de su vida. Tan injusta se nos muestra entonces triunfante sobre los mortales indefensos, que quizá sólo en tales momentos nos sentimos capaces de comprender con mediana lucidez por qué es recibida de tan buen grado por las inexistentes divinidades y sus necios corifeos, vanamente convencidos de que a su través se igualan con aquellas, que como ellas tan sólo la padecen efímeramente. Hace unos meses, a los treinta años de su vida, que poco más son de diez vividos, hemos perdido para siempre a Fernando Piñón Varela camino esta vez de ninguna parte, justo en el instante en que su lucha contraria para vivir comenzaba a pesar en su favor y el fiel de la balanza marcaba el inicio tenso de un esperanzador desplazamiento de futuro.

Desde sus aun cercanos días de alumno en nuestra Universidad Complutense sintió Fernando la atracción por los estudios prehistóricos. Fue un estudiante aventajado, dentro de un grupo de aventajados compañeros que han proporcionado ya no pocas satisfacciones a quienes tuvimos la suerte de compartir con ellos las horas y las aulas. Bajo los cielos optimistas de Menorca y Huelva pude ver a Fernando iniciarse impetuoso y decidido en las duras tareas de la Arqueología de campo. Fue tanta la atracción que sobre él ejerció ese trozo de Andalucía asomada a la vez a Portugal y al Océano Atlántico, que buena parte de su vida transcurriría después por caños, dehesas y sierras, intentando de dolmen en dolmen explicarnos una y otra vez lo que tantos otros antes que él habían pretendido decirnos. Entre los megalitos onubenses, *enriaeros* y jarales, pizarras y cabreros, surgió así una de las dos grandes pasiones científicas de la vida de Fernando. La otra, también mimada por él hasta la saciedad en medio de peñascos y bosques imponentes, fueron sus estudios sobre arte rupestre, en los que tomó el relevo que Almagro Basch le ofreciera generosamente sobre su Albarracín nativo.

Entre el megalitismo de la Península Ibérica y el arte post-paleolítico se centró buena parte de su investigación preocupada, y los pocos años vividos no fueron afortunadamente impedimento para que nos dejara sobre todo ello algún libro y bastantes artículos que hablan con suficiente elocuencia de la importancia de su trabajo. El brusco ritmo de la muerte no fue capaz de imponer ahí su amarga y despiadada ley. Interpretaciones novedosas y descubrimientos sobre arte rupestre, excavaciones en varios yacimientos —entre ellos el sorprendente poblado de Los Vientos de la Zarcita, en Huelva—, trabajos de documentación en los megalitos que Carlos Cerdán había excavado hacía ya tiempo con tan buena intención como discutible fortuna y conocimientos, hipótesis sobre el neolítico y el calcolítico del suroeste peninsular... son cosas todas ellas que viven entre nosotros para siempre y lo hacen

mostrando la serenidad y madurez con que se supo enfrentar a problemas que, en no pocos casos, llevaban años y más años durmiendo el placentero sueño de las cuestiones confusas que todos rehuyen. Aun recuerdo su cara de perplejidad y razonable preocupación cuando le sugerí entre los muros de Niebla que se atreviera a revisar todo cuando los Leisner habían pontificado sobre dólmenes en Huelva y luego convirtiera sus reflexiones en tesis doctoral propia, labor que por cierto llevó a cabo con indiscutible aprovechamiento, engrandecida con el resultado de sus excavaciones y atinadas observaciones personales sobre el territorio en cuestión y sus relaciones exteriores.

Fernando Piñón hizo muchas cosas en poco tiempo y difícil resultaría aquí hablar de todas ellas. Hay un trabajo suyo más que no quiero, sin embargo, relegar al olvido, quizá porque fui en gran parte culpable de que se embarcara en él, una aventura que le ocupó buena parte de su tiempo, distrayéndole horas preciosas que sin duda le hubieran aprovechado mejor atendiendo otros menesteres. Se trata del proyecto *Repertorio de Arqueología Española* (RAE), que dirigió durante varios años, un proyecto auspiciado por el Ministerio de Cultura del mayor interés práctico para prehistoriadores, arqueólogos e historiadores del mundo hispánico y que, desgraciadamente, ha pasado por lamentables altibajos en estos últimos tiempos. Los RAE recogen de modo sistemático la abundante bibliografía arqueológica que se produce sobre España, una tarea ciertamente urgente y necesaria que, sin embargo, nunca hasta nuestros días se había iniciado. Intentos bibliográficos en esa línea, aunque dentro de contextos más generales, habían fracasado con anterioridad por la incapacidad de los responsables en llevarlos a cabo. Fernando aceptó el reto a comienzos de los ochenta, aglutinó en torno suyo a un equipo eficaz y competente y pudo ver como parte del trabajo inicialmente planeado se convertía en unos cuantos volúmenes de indispensable consulta que constituyen ayuda insustituible para los investigadores.

No es fácil glosar una vida acabada a los treinta años. Junto a profundas alegrías, Fernando Piñón conoció también sinsabores profesionales, que soportó con discreta entereza pese a que a veces las sombras de la injusticia llegaran a ser muy patentes. El nunca concedió excesiva importancia a los titiriteros que las provocaban, tal vez con todo acierto, conforme nos enseña el paso del tiempo y su facilidad para volver críticas las perspectivas. Es cierto también que, para desgracia de todos, son muchos los proyectos profesionales que dejó incompletos, pero no lo es menos que en los días que le tocó vivir supo ser un diligente profesor, un honesto investigador y un buen compañero. Esta última condición bastaría para traer aquí nuestro emocionado recuerdo de su persona y su humanidad, sin duda lo mejor que de Fernando nos queda tras su última e irrecuperable ausencia.

MANUEL FERNANDEZ-MIRANDA